



***Mudbound*, la esclavitud en el siglo XX**

Adaptación dirigida por Dee Rees, de la novela de Hillary Jordan

Por encima de oportunistas llamadas a un cine sobre los problemas raciales nunca superados, tras las críticas suscitadas hace ahora un par de años por la escasa presencia de cineastas de color en los Oscars, *Mudbound* nace del afán colonizador de mercados de las grandes plataformas digitales (Netflix en este caso) pero apuntando a ocupar un espacio grande en las pantallas chicas. Me explico. La adaptación de un gran *best-seller* del año 2008 (la primera novela de la escritora estadounidense Hillary Jordan) hubiese constituido una apuesta segura para el consorcio “salas” productoras-distribuidoras cinematográficas, como sucede con toda obra literaria que lleva vendidos cientos de miles de ejemplares en todo el mundo... pero la plataforma se llevó este gato al agua, como si se tratara de dar un metafórico golpe sobre la mesa, sin ser, quizás, para tanto.

El olfato de los productores de Netflix nace de la ambición de demostrar que en nada desmerecen los nuevos canales de distribución en el intento de estar a la altura de las grandes producciones audiovisuales, que aspiran a conquistar al público por la fuerza directa y emocional de las historias narradas,

recurriendo a los grandes temas, a los argumentos sobre temas universales que no sucumben a las modas, guiones bien urdidos, con equipos técnicos solventes y repartos tan cuidados como lo puedan ser los casting para las pantallas grandes: entre los actores es cada vez menos abundante el clasismo

místico sobre los formatos grandes ni las actitudes elitistas sobre la liturgia de las “salas de culto”, por lo que es cada vez menos infrecuente encontrar extraordinarias interpretaciones, dignas de los máximos galardones del mundo del espectáculo, en estas películas que marcan la nueva era, y yo diría que el futuro, del gran mercado internacional de las producciones audiovisuales. Ya no es una irreverencia que el culto salga de las salas (sinagogas, iglesias), conquistando los mismos espacios domésticos, donde leemos a Shakespeare o Cervantes, por ejemplo.

Lo que amenaza con desplomarse, reciclarse o morir, es esa especie de torre o “zigurat” erigida a modo de fortaleza, en torno a los mitificados festivales internacionales que filtran la *creme de la creme* de la producción cinematográfica de cada ejercicio, con sus consabidos rituales de premios, ceremoniales mediáticos (donde también offician “sacerdotes”) al amparo de los grandes grupos de comunicación que los respaldan, al igual que a los críticos de la bien financiada prensa especializada (ahora amenazada por ese incesante emerger de blogueros iconoclastas), las cuidadas campañas de marketing que acompañan al lanzamiento de estas películas, incluso las que aspiran a acreditar su pedigrí en el ya poco o nada independiente territorio del cine supuestamente independiente. Sí, es imparable: el público se aleja de las salas y se apunta cada vez más a las plataformas donde coexisten las series y las películas. Pero en modo alguno ello representa una crisis del sector audiovisual, sino muy al contrario, es el exponente de que todo cambio tecnológico arrastra al mercado y que son los ríos revueltos, según la vieja fórmula, los que propician las grandes ganancias de los más avisados en las

artes de la pesca. Dicho sea sin menosprecio para nadie.

En *Mudbound* se observan algunos de los estigmas de estas beligerancias del mercado audiovisual, que dinamita ese año obligado de blindaje (desde los estrenos en sala hasta que las películas pueden verse sin restricciones en los servicios bajo demanda o en los canales del dvd y el blu-ray), que han recobrado brío gracias al especular servicio de distribución orquestado, entre otros, por la revolución comercial que ha encabezado Amazon. Y, por qué no decirlo, en los precios muy competitivos de sistemas 5.1 de home-cinema, proyectores y pantallas, que permiten montarse en casa con una modesta inversión, confortables salas de proyección que permiten ver el cine en zapatillas y repanchingado en tu butacón, renunciando a ese ejercicio de esgrima de sortear cabezos. Que nadie se rasgue las vestiduras si competir contra todo esto va a resultar cada vez más difícil.



Un drama rural y racial, tras la Segunda Guerra Mundial, en las embarradas granjas del algodón en el delta del Mississippi.

Este ambicioso pero humilde drama que enfrenta a dos familias de desheredados, de diferente condición y color, en el que todos son perdedores, no deja indiferente a nadie, pese a los reparos con los que ha sido recibida por algunos sectores de la crítica. Imposible permanecer indiferente ante este

desgarrado ejercicio de miseria humana con soporte literario, que desvela la pervivencia de la esclavitud en la América profunda, incluso en los no tan lejanos tiempos de la mitad del pasado siglo.



La historia nace de los recuerdos de una mujer, marcados por el barro que anega las cosechas de algodón, en los campos que todavía los negros trabajaban para los blancos por salarios de miseria. Recuerdos que se entrelazan con los de otros personajes, cruzando las tramas de una historia en común.



La adaptación cinematográfica traza un círculo estructural, con el consabido recurso de iniciar la historia en los instantes previos al desenlace, para articular en flash-back su recorrido que nos devuelve al comienzo. Dejando aparcado así el momento de dar sepultura al padre (el punto en el que la pescadilla se muerde la cola), la historia parte del pasado para encontrar el momento en el que el rudo Henry McAllen (Jason Clarke) contrae matrimonio, sin conquistar su corazón, de una mujer ya treintañera, la bondadosa Laura, que al fin sucumbe a

la emoción de que un hombre se haya fijado en su existencia para hacerla vivir el sueño que el destino parece haber forjado una mujer de su condición: formar una familia y ahuyentar para siempre el fantasma de la soltería.



En razón a los sacrificios que al parecer conlleva el matrimonio, la mujer acepta con resignación abandonar su feliz hogar de Memphis (Tennessee) para acompañar en la aventura a su incauto esposo, que sueña con tener una granja propia e invierte sus pequeños ahorros en alquilar una, en los lejanos campos de algodón del delta del Mississippi.



Entre la melancolía por lo que deja atrás y la resignación de acompañar en su sueño al padre de sus hijas, y la carga que supone llevar con ellos al autoritario padre de él, los comienzos no pueden ser más desalentadores, ya que Henry ha sido estafado y como único recurso, la pareja debe instalarse junto a las niñas, en un modesto barracón que, no obstante, dada su condición de hombre blanco, le da derecho a que los negros que cultivan las tierras trabajen a su servicio. Todo un descubrimiento sociológico, que nos

hace aterrizar de lleno en el persistente problema que supuso abolir la esclavitud en los Estados Unidos.



Definiendo arquetipos

Con la mejor ortodoxia de un guion correctamente elaborado, en el planteamiento se fijan bastante bien los arquetipos que representan los diferentes personajes de este drama colectivo, que entrelaza las diferentes tramas de las dos familias en confrontación: la de los amos, que obviamente son los blancos, pero que esta vez no son ricos y poderosos sino más miserables, incluso, que los propios esclavos, los negros, naturalmente. El protagonista, Henry, es tan gris que queda oscurecido por todos los personajes que le rodean, dotados de personalidades mucho más vigorosas, empezando por su propio padre, el patriarca de los McAllan (Jonathan Banks) a la cabeza del clan racista desde el minuto uno, que hace enseguida buenas migas con los más recalcitrantes del lugar en su odio hacia los negros.



A su sombra, Henry se esfuerza por representar su papel de padre de

familia testarudo, que en realidad no es capaz de desvincularse del molde paterno. Es un hombre gris, sin ninguna sensibilidad ni talento para hacer feliz a la abnegada Laura, que observa con admiración la osadía y seguridad de su cuñado Jamie (Garret Hedlund), el hermano de Henry, que en el primer giro de la trama regresa de la guerra, convertido en héroe de la aviación marcado por todos los traumas del conflicto bélico. Se diría que es el personaje que pone la “chispa” a la función, encendiendo las pasiones y personificando la mala conciencia de los racistas.



En el contrapunto, la familia negra también reparte sus roles en arquetipos bien definidos, con el trasfondo del sacrificio a su condición, de su destino fatal, trabajadores, sufridores, refugiados en la religión, en las plegarias y en los sueños del mañana.



Al frente de la familia negra de trabajadores de las tierras está “el tío Tom” Hap (fantástico Rob Morgan) pero es la humanidad de su esposa Florence (Mary J. Blige) la que vertebró la relación entre ambas familias.



Florence acepta con resignación el sacrificio de ver partir hacia la guerra al mayor de sus hijos, Ronsell (Jason Mitchell), al que el destino le reserva una brillante tarea como sargento en la división de tanques que combate contra los alemanes. En una película bastante coral, ha sido la interpretación de Mary Jane Blige la que ha obtenido los máximos reconocimientos de la crítica (con nominaciones a los Globos de Oro, premios Gotham, Critics Choice, Sindicato de Actores...) pues la célebre cantante estadounidense, una de las figuras del *soul* que recuerda a Anita Baker y Aretha Franklin, dota al personaje su extraordinaria fuerza y expresividad, en un papel marcado por la contención de las emociones. Pero si por algo destaca *Mudbound* es por su equilibrado reparto, con personajes bien elaborados, a los que los actores aportan la necesaria variedad de matices y recursos dramáticos.

Una paz incómoda

Hay una cierta idea de paz que a todos incomoda determinando la relación entre los personajes, pues ésta se basa en la tremenda injusticia racial que les divide: siervos y amos, incapaces de romper con la autoridad patriarcal del racista Pappy, cuyas apariciones dinamitan cualquier idea humanitaria, anclando a los personajes al mundo social (resultan ilustrativos los carteles de las tiendas “solo para blancos”) del que no pueden evadirse.



En la confluencia de tantas dificultades para una convivencia equilibrada, que hace de la paz el aparente sometimiento de los unos a los otros, se hace un hueco referencial la relación entre los hijos que regresan de la guerra.



En los muchos sentimientos comunes en los que Ronsell y Jaime se identifiquen se centra la esperanza de que las nuevas generaciones van a poder al fin abolir las fronteras raciales..., y sin embargo, el desarrollo de los hechos no hace sino vapulear esa esperanza, en ese momento de la verdad en el que la dura realidad se impone sobre los sueños y los sentimientos nobles.

Lo que la América de Donald Trump vuelve a poner en la palestra...

Quizás algunos pensaron que estas historias del pasado habían quedado sepultadas en la era Obama, en el reconocimiento de la igualdad que representó tener al frente de la nación a un hombre de color, pero 2017 es el año

en el que los negros volvieron a los Oscars (*Moonlight*, 2016; *I am not your negro*, 2016) y los temas raciales han regresado con fuerza a las pantallas grandes (*Detroit*, 2017; *Get Out*, 2017) y las chicas (*Mudbound*, 2017)... En realidad retoman una línea trazada por el cine sobre la memoria para mantenerla viva, y los esfuerzos del pueblo americano por superar las heridas históricas de sus luchas raciales, que tiene numerosos hitos, sólo recordaré algunos que me vienen ahora a la memoria, revisando diferentes géneros: *Adivina quién viene esta noche* (1967), *Raíces* (1977), *El color púrpura* (1985), *Missippi Burning* (1985), *Glory* (1989), *American History X* (1989), *Tomates verdes fritos* (1991), *Malcolm X* (1992), *Una historia del Bronx* (1993), *Higher Learning* (1995), *Gags of New York* (2002), *Crash* (2004), *The Great Debaters* (2007), *Gran Torino* (2008), *Criadas y señoras* (2011), *Intocable* (2011), *Djando desencadenado* (2012), *El mayordomo* (2013), *12 años de esclavitud* (2013)...



No importa las dimensiones de la pantalla de proyección, hay películas que siempre serán etiquetadas como grandes, independientemente de que no siempre aporten novedades u originalidad en los temas, o fórmulas innovadoras en la narrativa. Simplemente cuentan historias que nos hacen mantenernos alerta y que nos

emocionan... Grande es simplemente este intento de mantener viva la memoria, de sacar a la luz historias que no deben ser enterradas en un pasado brumoso, mucho menos cuando la realidad las hace reverdecen. Y, especialmente, películas que encierran magistrales interpretaciones de fantásticos actores, los premiados como Mary Jane Blige, o los que simplemente nos estremecen desde el barro sin necesidad de pisar las alfombras rojas: Carey Mulligan, Garret Hedlund, Jason Clarke, Jason Mitchell, Rob Morgan, Jonathan Banks, Kerry Cahill...



Título original: *Mudbound*

Año: 2017. Duración: 134 min.

Dirección: Dee Rees

Guion: Virgil Williams, Dee Rees (Novela: Hillary Jordan)

Música: Tamar-Kali Brown

Fotografía: Rachel Morrison

Reparto:

Garrett Hedlund, Carey Mulligan, Jason Clarke, Jason Mitchell, Mary J. Blige, Rob Morgan, Jonathan Banks, Kerry Cahill, Kelvin Harrison Jr., David Jensen, Lucy Faust, Rebecca Chulew, Geraldine Singer, Dylan Arnold, Jon Arthur, Henry Frost, Jason Kirkpatrick, Frankie Smith, Elizabeth Ashling

Productora:

Armory Films / Black Bear Pictures / Elevated Films / MACRO / Zeal Media / ArtImage Entertainment / MMC Joule Films. Distribuida por Netflix

<https://www.filmaffinity.com/es/film924281.html>

<http://www.imdb.com/title/tt2396589/>

www.elpuenterojo.es